

Diferencias de género en afrontamiento y violencia en la pareja

Gender differences in coping and violence in couple relationships

José Moral de la Rubia¹, Fuensanta López Rosales¹, Rolando Díaz Loving² y Yessica Ivet Cienfuegos Martínez²

¹Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Nuevo León, -UANL-, México

²Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México -UNAM-
e-mail.: jose_moral@hotmail.com

Forma de citar: Moral de la Rubia, J., López R., F., Díaz L., R. & Cienfuegos M., Y. I. (2011). Diferencias de género en afrontamiento y violencia en la pareja. *Revista CES Psicología*, 4(2), 29-46.

Resumen

Este artículo tiene como objetivo estimar diferencias de género en el afrontamiento de problemas de la pareja y estudiar su relación con violencia en este contexto. Se realizó un estudio ex post facto transversal. A una muestra no probabilística de 223 mujeres y 177 hombres mexicanos con pareja heterosexual (51.5% mantenían relaciones de noviazgo, 47.5% estaban casados y 1% vivían en unión libre) se les aplicó la Escala de Estrategias de Manejo de Conflictos y Cuestionario de Violencia en la Pareja. Se observó una prevalencia del patrón de agresor activo, en el que la persona es incapaz de modificar su postura, adopta estrategias de evitación ante el conflicto y aparenta acomodarse, pero finalmente ejerce violencia contra la pareja, la cual reacciona con violencia cuanta más pasividad el agresor mostró durante el conflicto. Este modelo es válido para ambos géneros, aunque posee más potencia explicativa en hombres. Se hacen sugerencias para enfocar la terapia.

Palabras clave: Conflicto de Pareja; Violencia de Pareja; Violencia Doméstica; Estrategia de Afrontamiento; Diferencias de género; Afecto.

Abstract

This paper aims to estimate gender differences in coping with couple relationships problems and studying its relation with violence in this context. A cross-sectional ex post facto study was carried out. The Scale of Conflict Management Strategies and Couple violence questionnaire were administered to a non-probability Mexican sample of 223 women and 177 men with heterosexual couples (51.5% of participants were dating relationships, 47.5% were married and 1% lived with a partner). Scale strategies for conflict management and violence in couple relationships questionnaire was applied. It was observed an active aggressor pattern, where the person is unable to modify his/her position and adopts evasive strategies before the conflict and seems to be fit. But finally violence appears against the couple, who reacts with violence the more passivenesses the aggressor showed during the conflict. This model is valid for both genders, though it has more explanatory power in men. Some suggestions to conduct the therapy were made.

Key Words: Couple Violence, Domestic Violence; Coping Behavior, Gender Differences, Affect, Conflict; Marital Conflict.

Introducción

¿Qué se entiende por afrontamiento? Folkman (2011) define afrontamiento como los esfuerzos cognoscitivos y/o conductuales que se desarrollan para manejar las demandas específicas externas o internas generadoras de estrés; se distingue entre estrategia como una modalidad de afrontamiento contingente a la situación y estilo como un conjunto de estrategias de afrontamiento asociadas a varias situaciones, de ahí que la estrategia es más específica y cambiante frente al estilo que es más general y estable dentro de cada persona. Como estilos de afrontamiento se suelen distinguir: centrado en el problema y centrado en la emoción. El primero se refiere a los esfuerzos dirigidos a la fuente del estrés para modificarla o eliminarla y buscar una solución, y suele tener efectos más positivos para la salud y las relaciones. El segundo se refiere a los esfuerzos encaminados a regular emociones derivadas de la situación, y evidencia peores resultados. Este mismo autor señala, basado en varias investigaciones, que el género masculino se asocia con el estilo centrado en el problema y del femenino con el centrado en la emoción.

Los conflictos en la pareja constituyen una fuente importante de estrés en adultos y adolescentes. Como elementos presentes en el afrontamiento eficaz de un conflicto de pareja, siguiendo a Goldring (2004), se podrían señalar: a) analizar el conflicto, llegando a la raíz de los desacuerdos e identificando el problema clave, b) comunicación abierta para clarificar las diferentes perspectivas y comprender el punto de vista del otro, c) buscar o generar salidas que permitan lograr un acuerdo entre las partes en conflicto, y que no sólo lo resuelvan sino

que restauren y mejoren la relación, d) negociar la solución, su evaluación conjunta y vías alternativas en caso de dificultades, e) comprometerse en su implementación y f) ejecutar el plan de acción con las evaluaciones y correcciones planeadas. Por el contrario la evitación, falta de comunicación y desconsideración hacia la pareja agudiza los conflictos y suele llevar a situaciones de violencia (Díaz & Sánchez, 2002).

Un conflicto de pareja afrontado de forma inadecuada se cronifica y usualmente lleva a peleas, violencia, distanciamiento y desamor. Precisamente la violencia puede definirse como una forma de imponerse en situaciones de conflictos vulnerando los derechos o voluntades de la otra parte. Por el contrario, un afrontamiento eficaz, basado en el diálogo y la negociación, previene los problemas de violencia y preserva el amor (Díaz & Sánchez, 2002). Thomas y Kilmann (2009) describen 5 estrategias básicas para manejar los conflictos, incluidos los de pareja: colaborar, comprometerse, competir, evitar y acomodarse. Las dos primeras estrategias se asocian con cohesión y desarrollo, y las tres últimas con violencia y cronificación de conflictos.

Existen muchas investigaciones sobre la violencia centrada en la mujer como víctima del hombre (Castro & Casique, 2005; Cervantes, Ramos & Saltijeral, 2004; Heise & García, 2002; Ramos & Saltijeral, 2008). Cuando se sabe que no es un fenómeno unidireccional (Álvarez, 2009; Archer, 2002; Fiebert, 2004; Zarza & Froján, 2005) y que, en el tema de la violencia en pareja, las teorías que sobredimensionan los aspectos de la cultura patriarcal y la asimetría de poder de género cuentan en el presente con apoyo empírico limitado en los países

occidentales (Dutton & Nicholls, 2005), aunque éstos no dejan de ser determinantes relevantes (Vargas, 2008). Así, hay propuestas teóricas que hablan de los círculos de violencia ante los problemas de cohesión y convivencia (estresores) que enfrentados de forma inadecuada conducen a dinámicas negativas (Bonem, Stanely-Kime & Corbin, 2008; Díaz & Sánchez, 2002; Dutton, 2006). A pesar de estos señalamientos, es escasa, especialmente en México, la investigación que contempla a ambos sexos tanto en los aspectos de violencia recibida como ejercida en ámbitos cotidianos, a lo que contribuye la perspectiva de género, actualmente muy fuerte en el campo de estudio (Dutton, 2006).

Debe señalarse que las investigaciones de violencia en la pareja con muestras en las que participan ambos sexos, ya sean procedentes de población abierta o de estudiantes universitarios, reportan que la diferencia por sexos de violencia en la pareja no es significativa o los promedios de victimización son mayores en hombres (González & Santana, 2001; Rathus & Feindle, 2004; Thompson, Basile, Hertz & Sitterle, 2006), lo cual se observa también en los ámbitos forenses según datos de estudios empíricos de revisión o meta-análisis (Álvarez, 2009; Fiebert, 2004).

Precisamente algunos investigadores sugieren que las estadísticas oficiales de violencia contra los hombres frecuentemente infravaloran el fenómeno social (Álvarez, 2009; Thompson et al., 2006). Un estudio realizado en Lima concluyó que, dentro del orden de las emociones y vivencias, ambos sexos cuentan con importantes capacidades de agresión, pues la necesidad femenina por compensar su desigualdad física frente al varón, las conduce a aumentar su

destreza en violencia psicológica, asimismo el ser mujer aumenta la probabilidad de usar objetos contundentes o punzantes contra la pareja en los casos de violencia (Becerra, Flores & Vásquez, 2009). En la sociedad patriarcal, como la latina, la violencia contra el varón es despreciada y de pocos países se conocen estudios sobre la violencia específica de mujeres contra varones, aunque sí existen. Uno de ellos es un estudio de 2005 hecho en Australia, el cual muestra que casi uno de cada 3 varones (29.8%) es víctima de violencia de pareja (*Australian Bureau of Statistics*, 2006). Otro estudio realizado en 1999 en este mismo país estimó que 32.3% de los hombres reportó abuso físico o emocional por parte de su pareja actual o anterior (*South Australian Department of Human Services*, 1999).

En Estados Unidos de América, Tschann, Pasch, Flores, VanOss Marin, Baisch y Wibbelsman (2009), con una muestra de 223 adolescentes de 16 a 20 años, hallan que el 27% de las mujeres y el 24% de los hombres se declararon perpetradores de violencia física contra sus parejas; y el 22% de las mujeres y el 33% de los hombres se declararon víctimas de la violencia física ejercida por sus parejas. En otro estudio, aplicado a una muestra de 285 adolescentes mexicanos, alumnos de enseñanza media, se halló que el 5.23% de las chicas y el 3.23% de los chicos declararon que habían ejercido violencia física (arrojar objetos, dar patadas, golpear, dar puñetazos, dar bofetadas, empujar o ahogar) contra sus parejas, al menos una vez durante el último año; además, 3.5% de las chicas y 2.6% de los chicos declararon haber repetido el maltrato físico de tres a cinco veces, y el 1% de los chicos y de las chicas declaró haberlo repetido más de seis veces durante el último año (Antônio

&Hokoda, 2009). En el estudio con 5,836 adolescentes finlandeses, el 22% de los chicos y el 6% de las chicas declaran haber sido víctimas de violencia física de sus parejas (*National Research Institute of Legal Policy*, 2009).

Considerando estos antecedentes, la presente investigación tiene como objetivos: a) describir las diferencias de género en afrontamiento de los problemas de la pareja y 2) observar su relación con violencia en la pareja tanto recibida como ejercida, proponiendo y contrastando un modelo general válido para ambos sexos. Así, este estudio de enfoque psicosocial pretende aportar un modelo que integre estos aspectos, considerando en qué grado es diferencial entre hombres y mujeres.

Se espera, de acuerdo con lo reportado en la literatura, que las mujeres y los hombres presenten unos promedios equivalentes en las escalas de violencia ejercida y recibida, con la posibilidad de mayor victimización en hombres (Álvarez, 2009; Fiebert, 2004; González & Santana, 2001; Rathus & Feindle, 2004; Thompson et al., 2006; Tschann et al., 2009), un afrontamiento más activo en los hombres (Folkman, 2011), mayor violencia recibida ante un estilo pasivo de afrontamiento y ausencia de negociación al provocar que se agudicen los conflictos de pareja (Díaz & Sánchez, 2002; Ladd, 2007) y la presencia de un círculo de violencia ante el afrontamiento pasivo y déficit del activo (Bonem et al., 2008; Dutton, 2006).

Método

Se trata de un estudio descriptivo-correlacional con un diseño ex post facto transversal realizado mediante encuesta a participantes voluntarios.

Participantes

Se empleó una muestra no probabilística incidental de 400 participantes voluntarios. Como criterios de inclusión se requirieron: saber leer y escribir, ser mayor de edad, tener pareja heterosexual (matrimonio, noviazgo o cohabitación), residir en Monterrey o su zona metropolitana y proporcionar el consentimiento informado para participar en el estudio. Como criterios de exclusión se consideraron: no ser capaz de comprender las instrucciones y contestar el cuestionario de forma incompleta o desatenta (a juicio del encuestador).

56% (223 de 400) de los participantes fueron mujeres y el 44% (177) hombres, habiendo significativamente más mujeres que hombres ($\chi^2(1, N = 400) = 5.29, p = .21$), aunque la diferencia fue pequeña (6%). La media de edad en la muestra fue 30 años, la mediana 26 y la moda 20, con una mínima de 18 años, máxima de 64 y desviación estándar de 10.45 años, siendo las medias de edad entre hombres y mujeres estadísticamente equivalentes ($t(397.58) = -1.25, p = .21$).

56% (222 de 400) reportó tener estudios de licenciatura 27% (109) de bachillerato, 12% (49) de secundaria, 3.5% (14) de posgrado y 1.5% de primaria (6). La mediana y moda correspondieron a estudios de licenciatura. El promedio de escolaridad fue equivalente entre los hombres y mujeres encuestados ($U = 18646.5, Z_U = -1.06, p = .29$). El 49% (195 de 400) de los participantes señaló estar soltero, 47% (190) casado, 3% (11) separado o divorciado y 1% (4) en unión libre. Los solteros se encontraban en relaciones de noviazgo. La distribución del estado civil fue equivalente entre los hombres y mujeres encuestados ($\chi^2(3, N$

= 400) = 2.37, $p = .50$). El 53% (195 de 370) dijo no tener hijos y el 47% (175) sí. Entre los que tenían hijos, el número varió de 1 a 5, con una media, mediana y moda de 2 y una desviación estándar de 1. Su media fue 12,850 pesos mexicanos (unos 1000 dólares), con una mediana y moda de 10,000 (unos 800 dólares) y desviación estándar de 10,514 (unos 841 dólares), variando de 700 (unos 56 dólares) a 60,000 (unos 4800 dólares).

Instrumentos

Escala de Estrategias de Manejo de Conflictos, versión corta (EEMC, Arnaldo, 2001). Consta de 34 ítems con un rango de respuesta de 1 (“nunca”) a 5 (“siempre”). Todos directos, salvo el ítem 32. Mide las estrategias y estilo de afrontamiento de la persona en situaciones de conflicto con su pareja íntima. Se compone de 6 factores: negociación con 7 ítems (p. ej., “discuto el problema hasta llegar a una solución”), afecto con 5 ítems (p. ej. “utilizo palabras cariñosas”), tomarse un tiempo para reflexionar o buscar el momento oportuno (tiempo) con 6 ítems (p. ej. “espero a que las cosas se calmen”), evitación con 4 ítems (p. ej. “me alejo”), automodificación con 5 ítems (p. ej. “analizo las razones de cada uno”) y acomodación con 3 ítems (p. ej. “termino cediendo sin importar quien se equivocó”). En la presente muestra, al factorizar los seis factores de estrategias de afrontamiento se obtienen dos componentes de segundo orden que explican el 65.06% de la varianza total. El primero está definido por los afrontamientos de negociación, automodificación y afecto, explica el 38.87% de la varianza total y se puede denominar estilo de afrontamiento constructivo o enfocado a resolver el conflicto. El segundo está definido por

acomodación, evitación y tiempo, explica el 26.19% de la varianza total y se puede denominar estilo de afrontamiento pasivo. Debido a la heterogeneidad de los seis factores que integran la escala, una puntuación total no está justificada; en su lugar se emplean los dos factores de segundo orden. La consistencia interna del factor de segundo orden de estilo de afrontamiento pasivo con sus 13 ítems es alta ($\alpha = .73$), al igual que la del de estilo de afrontamiento enfocado a resolver el conflicto con sus 17 ítems ($\alpha = .86$). Los valores de consistencia interna de los factores de primer orden varían de .89 (afecto) a .51 (automodificación) con un promedio de .71. Las distribuciones del estilo de afrontamiento enfocado a resolver el conflicto y el factor de tiempo se ajustan a una curva normal. Las demás distribuciones se desvían de la normalidad.

Cuestionario de Violencia en la Pareja (CVP; Vargas, 2008). Por una parte evalúa violencia recibida de la pareja. Esta primera parte se compone de 27 ítems con un rango de 5 puntos: de 1 (“nunca”) a 5 (“siempre”). Todos ellos son directos. En la presente muestra la consistencia interna de los 27 ítems es alta ($\alpha = .96$), al igual que la de sus 4 factores: violencia física con 6 ítems (p. ej. “mi pareja me ha empujado con fuerza”), psicológica con 7 ítems (p. ej. “vigila todo lo que yo hago”), económica con 6 ítems (p. ej., “utiliza el dinero para controlarme”) y sexual con 8 ítems (p. ej. “me critica como amante”), variando de .89 a .87, con un promedio de .88. Las distribuciones del puntaje total y sus 4 factores son asimétricas positivas y apuntadas, alejándose de la normalidad. Por otra parte evalúa violencia ejercida contra la pareja. Esta segunda parte se compone de 11 ítems directos con un rango de 5 puntos cada uno (de 1 “nunca” a 5 “siempre”) y 2 factores: violencia

psicológica con 6 ítems (p. ej. “*he llegado a insultar a mi pareja*”) y otro tipo de violencia (no psicológica) con 5 ítems (p. ej., “*he llegado a lastimar físicamente a mi pareja*”). En la presente muestra la consistencia interna de los 11 ítems es alta ($\alpha = .89$), al igual que la de sus dos factores (.88 y .74). Las distribuciones del puntaje total y los dos factores se alejan de una curva normal. Los perfiles son asimétricos positivos y apuntados. Ambas partes se administran separadas e intercaladas por otras escalas.

Procedimiento

La escala y el cuestionario fueron aplicados y los datos capturados por estudiantes de últimos semestres de licenciatura, entrenados por la segunda autora del artículo, quien coordinó el trabajo de campo. La participación de los estudiantes fue voluntaria y no remunerada. Los dos instrumentos de medida fueron administrados de forma individual en las casas particulares, calles peatonales y parques públicos (81%, 325 de 400), así como en las salas de espera de cuatro instituciones socio-sanitarias (19%, 75 de 400), como son el Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) de Nuevo León, el Hospital Universitario Dr. Eleuterio González, la Clínica #6 del Instituto Mexicano de Seguro Social (IMSS) y la Unidad de Servicios Psicológicos de la Facultad de Psicología de Universidad Autónoma de Nuevo León.

Se tomó cierto porcentaje de la muestra en instituciones socio-sanitarias para garantizar una mayor varianza en las escalas de violencia. Precisamente, en el DIF y la Unidad de Servicios Psicológicos se ven más casos de parejas en crisis y situaciones de violencia. No obstante, el criterio de selección dentro de salas de

espera de instituciones socio-sanitarias fue incidental y no intencional.

Se pretendía lograr una equivalencia de sexos y un tamaño muestral de al menos 400 participantes para tener potencia estadística en análisis estructurales según las recomendaciones para tales técnicas (Brown, 2006). No obstante, los hombres fueron más reacios a participar, alegando falta de tiempo, además eran más difíciles de encontrar en los espacios y tiempos en que se levantó la muestra. El abordaje de los participantes se realizó de forma aleatoria, intentando alternar entre hombre y mujer.

Se solicitó el consentimiento informado para la participación en el estudio, garantizando el anonimato y confidencialidad de la información de acuerdo con las normas éticas de investigación de la Sociedad Mexicana de Psicología (2007) y *American Psychological Association* (2002). La tasa de participación de quienes suministraron el consentimiento y respondieron a los dos instrumentos de medida fue del 89% (400 de 450), siendo 79% (177 de 225) en hombres y 99% (223 de 225) en mujeres. El trabajo de campo se realizó de marzo a mayo de 2010.

Análisis estadísticos

Las diferencias de medias entre hombres y mujeres se contrastaron por medio de la prueba *t* de Student para muestras independientes. La relación entre las estrategias y estilos de afrontamiento con la violencia (ejercida y recibida) se estimaron por el coeficiente de correlación producto-momento de Pearson, regresión lineal múltiple (*Stepwise*) y análisis de senderos (Mínimos Cuadrados Generalizados). Se contemplaron cinco índices de ajuste

para el análisis de senderos: dos descriptivos básicos (prueba ji-cuadrado [χ^2] y cociente entre ji-cuadrado y sus grados de libertad [χ^2/gl]); uno poblacional de no centralidad (residuo cuadrático medio de aproximación [$RMSEA$] de Steiger-Lind); además dos índices comparativos (índice de bondad de ajuste [GFI] de Jöreskog y Sörbom y su modalidad corregida [$AGFI$]). Los valores de buen ajuste para los índices son: p de $\chi^2 > .05$, $\chi^2/gl < 2$, $RMSEA < .05$, $GFI > .95$ y $AGFI > .90$; y los valores adecuados son: p de $\chi^2 > .01$, $\chi^2/gl < 3$, $RMSEA < .08$, $GFI > .85$ y $AGFI > .80$. Los cálculos se realizaron con SPSS16 y AMOS7.

Resultados

Diferencias de género y correlación entre violencia recibida y ejercida

Al contrastar los estilos y estrategias de manejo del conflicto de pareja sólo existe diferencia significativa de medias en la estrategia de afecto ($t(396.38) = 5.56$, $p < .03$); los hombres reportan emplear con más frecuencia las manifestaciones de afecto en estas situaciones. Hay diferencia significativa en violencia recibida de la pareja y sus 4 factores; las medias son más altas en hombres. El promedio de violencia ejercida es equivalente en hombres y mujeres tanto en el puntaje total como sus dos factores (véase Tabla 1).

Tabla 1. Diferencia de medias entre sexos en manejo del conflicto de pareja y violencia

Escala y sus factores	Género	Rango	Descriptivos			Levene		Student		
			N	M	DE	F	p	t	gl	p
<i>Manejo del conflicto</i>										
Afrontamiento constructivo	Muj	de 17 a 85	223	63.99	11.31	3.20	.07	1.17	398	.24
	Homb		177	65.24	9.65					
Afrontamiento pasivo	Muj	de 13 a 65	223	37.95	7.87	2.06	.15	-0.08	398	.94
	Homb		177	37.89	7.17					
Racional y Negociación	Muj	de 7 a 35	223	27.98	5.22	1.45	.23	0.04	398	.96
	Homb		177	28.00	4.74					
Afecto	Muj	de 5 a 25	223	17.25	5.43	5.56	.02	2.16*	396.38	.03
	Homb		177	18.33	4.60					
Tiempo	Muj	de 6 a 30	223	20.22	4.14	0.18	.67	0.12	398	.90
	Homb		177	20.27	4.27					
Evitación	Muj	de 4 a 20	223	9.29	3.80	4.08	.04	-0.69	388.71	.49
	Homb		177	9.04	3.52					
Auto-modificación	Muj	de 5 a 25	223	18.76	3.26	1.08	.30	0.45	398	.66
	Homb		177	18.90	3.01					
Acomodación	Muj	de 3 a 15	223	8.44	2.92	4.54	.03	0.52	392.94	.61
	Homb		177	8.58	2.59					
<i>Violencia recibida de la pareja</i>										
Puntaje total	Muj	de 27 a 135	223	43.42	21.30	1.42	.23	2.60*	398	.01
	Homb		177	49.10	22.15					
Económica	Muj	de 6 a 30	223	9.43	5.17	2.56	.11	2.30*	398	.02
	Homb		177	10.66	5.50					
Psicológica	Muj	de 7 a 35	223	12.16	6.06	0.56	.46	2.02*	398	.04
	Homb		177	13.44	6.49					
Física	Muj	de 6 a 30	223	9.73	5.42	2.11	.15	2.26*	398	.02
	Homb		177	10.98	5.62					
Sexual	Muj	de 8 a 40	223	12.10	6.17	1.31	.25	3.09**	398	.00
	Homb		177	14.03	6.22					
<i>Violencia ejercida contra la pareja</i>										

Puntaje total	Muj	de 11	223	20.69	8.60	0.14	.71	0.65	398	.52
	Homb	a 55	177	21.24	8.28					
Psicológica	Muj	de 6	223	12.68	5.65	0.19	.66	0.03	398	.97
	Homb	a 30	177	12.69	5.19					
Física, sexual y económica	Muj	de 5	223	8.01	3.74	2.33	.13	1.40	398	.16
	Homb	a 25	177	8.55	3.88					

* $p < .05$ y ** $p < .01$.

Existe correlación directa, significativa y moderada entre la violencia ejercida y recibida ($r = .59$, $p < .01$). En la muestra conjunta la varianza compartida es del 35%, en varones es de 49% y en mujeres de 26%.

Relación entre manejo del conflicto y violencia recibida de la pareja

En las tres muestras (conjunta, de mujeres y hombres), los dos estilos de afrontamiento (factores de segundo orden) tienen correlación significativa con el puntaje total de la escala de

violencia recibida de la pareja, al igual que las estrategias (factores de primer orden) de evitación, negociación, acomodación y automodificación. La estrategia de afecto tiene correlación en la muestra conjunta y de mujeres. La estrategia de tiempo es independiente en las tres muestras. La correlación más fuerte es con evitación. Se reporta más violencia, cuanto mayor es la evitación, el afrontamiento pasivo, y se reporta menos violencia cuanto mayor es la negociación, el afrontamiento constructivo y la automodificación (véase Tabla 2).

Tabla 2. Correlaciones de violencia recibida con manejo del conflicto

Manejo del conflicto	Violencia recibida de la pareja					
	Conjunta ($N = 400$)		Mujeres ($n = 223$)		Hombres ($n = 177$)	
	r	p	R	p	r	p
Afrontamiento constructivo	-.26**	.00	-.25**	.00	-.30**	.00
Afrontamiento pasivo	.32**	.00	.31**	.00	.34**	.00
Reflexivo-Negociación	-.28**	.00	-.26**	.00	-.32**	.00
Afecto	-.13**	.01	-.17*	.01	-.12	.10
Tiempo	.02	.61	.04	.59	.01	.88
Evitación	.43**	.00	.41**	.00	.48**	.00
Automodificación	-.21**	.00	-.18*	.01	-.27**	.00
Acomodación	.27**	.00	.26**	.00	.28**	.00

* $p < .05$ y ** $p < .01$.

En la muestra conjunta se calcula un modelo de regresión por pasos progresivos para predecir violencia recibida con los dos estilos y cinco estrategias de manejo del conflicto (sin tiempo), además de la violencia ejercida. En su segundo paso el modelo introduce las variables de violencia ejercida y

afrontamiento pasivo, explicando el 42% del criterio. Los índices de tolerancia e inflación de la varianza reflejan falta de colinealidad, al ser próximos a uno. El modelo indica que se recibe más violencia en la medida que se ejerce más violencia y se muestra un estilo de afrontamiento pasivo (véase Tabla 3).

Tabla 3. Modelos de regresión para predecir violencia en pareja en la muestra conjunta

	<i>B</i>	<i>EE</i>	<i>Beta</i>	<i>t</i>	<i>p</i>	<i>r</i>	<i>r_p</i>	<i>r_{sp}</i>	<i>Tol</i>	<i>FIV</i>
Violencia recibida de la pareja (Segundo paso) (<i>R</i> = .65, <i>R</i> ² = .42, <i>R</i> ² <i>aj.</i> = .43 y <i>EEE</i> = 16.45)										
Constante	-13.35	4.59		-2.91	.00					
Violencia ejercida	1.45	0.10	.56	14.62	.00	.59	.59	.56	.99	1.01
Afr. pasivo	0.76	0.11	.26	6.83	.00	.32	.32	.26	.99	1.01
Violencia ejercida contra la pareja (Segundo y último paso) (<i>R</i> = .67, <i>R</i> ² = .44, <i>R</i> ² <i>aj.</i> = .44 y <i>EEE</i> = 6.31)										
Constante	27.71	2.20		12.57	.00					
Violencia recibida	0.20	0.01	.52	13.65	.00	.59	.56	.51	.95	1.05
Automodificación	-0.85	0.10	-.32	-8.31	.00	-.43	-.38	-.31	.95	1.05

Método: *Stepwise*.

Debe mencionarse que en su tercer paso se introduce la variable evitación, en el cuarto la de acomodación, generándose mucha colinealidad, y en uno quinto se expulsa el afrontamiento pasivo, reduciéndose en parte la colinealidad y explicándose el 43% del criterio. Este modelo final refleja que se recibe más violencia en la medida que se ejerce más violencia, pero a su vez en la medida que se evita más los conflictos y se muestra más acomodación ante los mismos.

Relación entre manejo del conflicto y violencia ejercida contra la pareja

En la muestra conjunta los dos estilos de manejo del conflicto y cinco de las estrategias tienen correlación significativa con la violencia ejercida

contra la pareja. Sólo el afrontamiento de acomodación es independiente. El de automodificación es el más correlacionado (-.43) y el estilo pasivo el menos (.10). Se reporta más violencia contra la pareja en la medida que el conflicto se maneja más con evitación y afrontamiento pasivo; por el contrario, se reporta menos violencia en la medida que se afronta más con automodificación, estilo constructivo, negociación, afecto y búsqueda del tiempo oportuno. En mujeres se observa las mismas correlaciones, salvo que el estilo de afrontamiento pasivo resulta independiente. En hombres los dos estilos están significativamente correlacionados, así como los factores de primer orden, salvo el de afecto (véase Tabla 4).

Tabla 4. Correlaciones de violencia ejercida contra la pareja con manejo del conflicto

Manejo del conflicto	Conjunta (<i>N</i> = 400)		Mujeres (<i>N</i> = 223)		Hombres (<i>N</i> = 177)	
	<i>r</i>	<i>p</i>	<i>R</i>	<i>p</i>	<i>r</i>	<i>p</i>
Afrontamiento constructivo	-.40**	.00	-.43**	.00	-.35**	.00
Afrontamiento pasivo	.10*	.04	.02	.81	.23**	.00
Reflexivo y Negociación	-.32**	.00	-.32**	.00	-.31**	.00
Afecto	-.25**	.00	-.33**	.00	-.13	.07
Tiempo	-.15**	.00	-.14*	.03	-.16*	.04
Evitación	.32**	.00	.21**	.00	.48**	.00
Automodificación	-.43**	.00	-.43**	.00	-.44**	.00
Acomodación	.08	.10	-.03	.70	.24**	.00

* *p* < .05 y ** < *p* < .01.

En la muestra conjunta se calcula un modelo de regresión por pasos progresivos para predecir violencia ejercida contra la pareja con los dos estilos y cinco estrategias de manejo del conflicto (sin acomodación), además de la violencia recibida. El modelo introduce dos variables: violencia recibida de la pareja y automodificación, explicando el 44% del criterio. Los índices de tolerancia e inflación de la varianza reflejan falta de colinealidad al ser próximos a uno. El modelo indica que se ejerce más violencia contra la pareja en la medida que se recibe más violencia de la misma y se muestra escasa automodificación ante los conflictos (véase Tabla 3).

Modelo por análisis de sendero

Se estima un modelo por análisis de senderos, en el que los dos tipos de violencias son variables manifiestas endógenas y la estrategia de manejo del conflicto de automodificación y el estilo pasivo son variables manifiestas exógenas. La falta de automodificación pronostica violencia ejercida contra la pareja, el afrontamiento pasivo predice ambos tipos de violencia correlacionando

con la automodificación, y la violencia ejercida pronostica violencia recibida (modelo 1). Este modelo presenta todos sus parámetros significativos, incluyendo la correlación directa entre automodificación y afrontamiento pasivo ($r = .16, p = .01$), explica el 22% de la varianza de la violencia ejercida y 42% de la violencia recibida, mostrando buen ajuste a los datos ($\chi^2 (1) = 0.20, p = .65$; $RMSEA = 0, GFI = 1, AGFI = .99$) (véase Figura 1). Si el modelo se estima por la modalidad multigrupo, separando a hombres y mujeres, el ajuste sigue siendo bueno ($\chi^2 (2) = 0.91, p = .64$; $GFI = .99, AGFI = .98, CFI = 1, RMSEA = 0$), con todos los parámetros significativos en ambos sexos, salvo la correlación entre afrontamiento pasivo y automodificación en hombres ($r = .01, p = .84$), cuando sí lo es en mujeres ($r = .23, p < .01$). El modelo explica más varianza en hombres (25% ejercida y 52% recibida) que en mujeres (20% ejercida y 35% recibida) y la predicción de la violencia ejercida por el estilo de afrontamiento pasivo tiene más peso en hombres ($\beta = .23$) que en mujeres ($\beta = .14$).

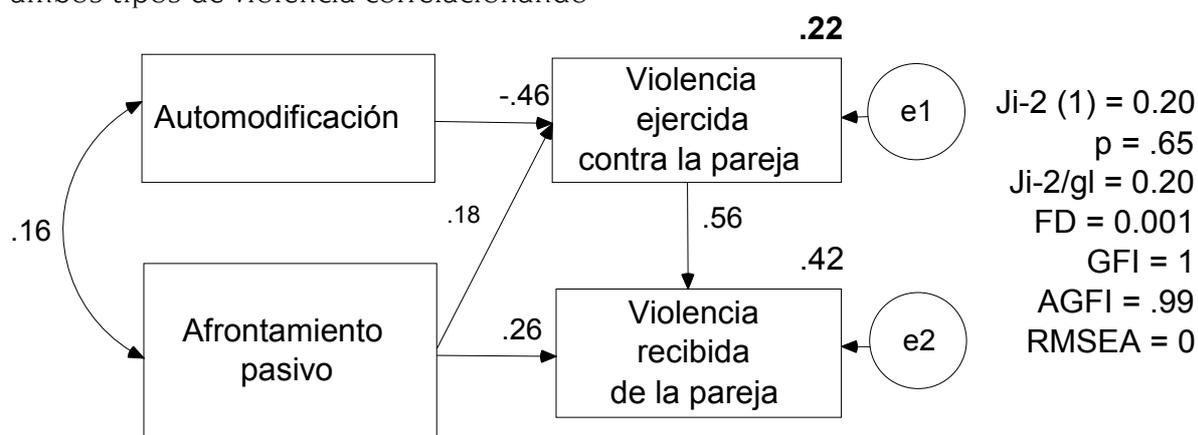


Figura 1. Modelo 1 estandarizado del agresor activo.

Si el modelo se estima con la violencia recibida como determinante de la ejercida, la vía de predicción de la

violencia ejercida por el afrontamiento pasivo deja de ser significativa ($\beta = -.02, p = .71$), así que se elimina (modelo 2). El

modelo explica el 35% de la violencia ejercida y 12% de la ejercida, mostrando mal ajuste ($\chi^2 (2) = 30.21, p < .01$;

$RMSEA = .19$; $GFI = .96$; $AGFI = .81$) (véase Figura 2).

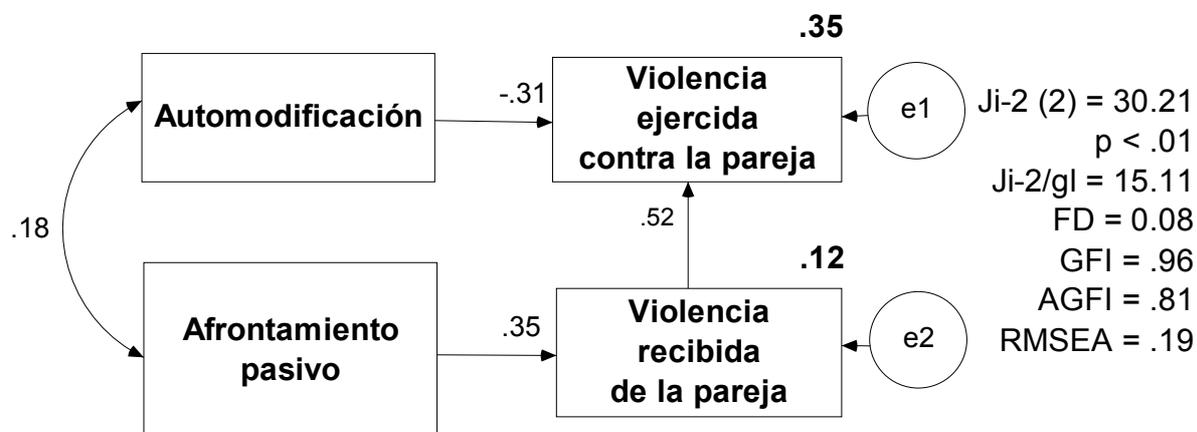


Figura 2. Modelo 2 estandarizado del agresor reactivo.

El ajuste mejora considerablemente si se contemplan como determinante las estrategias de evitación y acomodación como predictoras de la violencia recibida en lugar del afrontamiento pasivo. En este segundo modelo redefinido evitación y acomodación correlacionan, así como evitación y automodificación. El modelo tiene un ajuste de aceptable ($\chi^2 (4) = 11.93, p = .02; \chi^2/gl = 2.98; RMSEA = .07$) a bueno ($GFI = .99, AGFI = .96$), todos los parámetros son significativos y se incrementa la varianza explicada, pasando a explicarse el 42% de la

violencia ejercida y 22% de la recibida (véase Figura 3). Al hacer el cálculo por el método multigrupo para hombres y mujeres, el ajuste resulta de adecuado ($RMSEA = .08$) a bueno ($GFI = .97, AGFI = .90$), aunque se rechaza por la prueba ji-cuadrado ($\chi^2 (8) = 26.35, p < .01$) y el cociente χ^2/gl es mayor de 3 (3.29). Los porcentajes de varianza explicada son mayores en hombres (53% versus 35% ejercida y 25% versus 22% recibida); otra diferencia es que la acomodación tiene menos peso en hombres ($.20$ versus $.12$) y la evitación más ($.45$ versus $.36$).

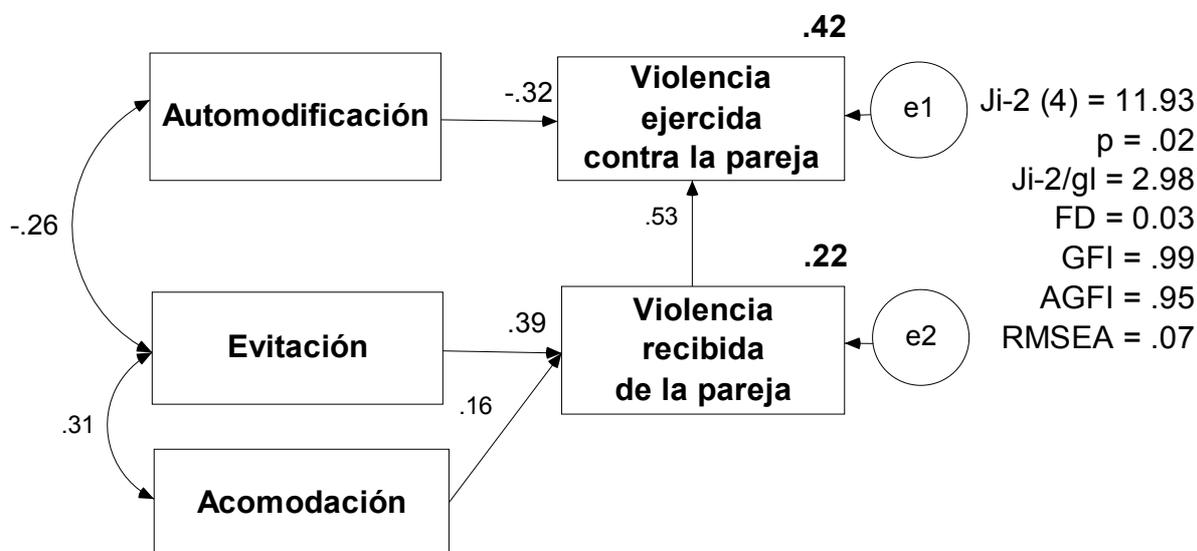


Figura 3. Modelo 2 estandarizado redefinido del agresor reactivo.

Discusión

Diferencias entre sexos en afrontamiento

Las diferencias autorreportadas entre hombres y mujeres en manejo del conflicto son mínimas y no se observa un estilo de afrontamiento más activo en los hombres, como se esperaba (Folkman, 2011). En otro estudio realizado en México en parejas casadas que se enfrentan al diagnóstico de cáncer de un hijo también se encontró esta semejanza (Moral & Martínez, 2009). La única diferencia entre ambos sexos radica en el afecto. Las mujeres en situaciones de conflicto no tienden a expresar afecto con base en nuestros datos, y probablemente se reserven dichas expresiones para las situaciones de armonía (Díaz & Sánchez, 2002); por el contrario, los hombres intentan paliar el conflicto con más frecuencia con manifestaciones de afecto, con base en nuestros datos, y probablemente son menos afectuosos que las mujeres en periodos de armonía (Díaz & Sánchez, 2002). No obstante, las manifestaciones de afecto masculinas no poseen ningún efecto sobre la violencia en la pareja; cuando las femeninas aminoran la violencia. Por lo tanto, parece que las muestras afectivas de la pareja cuando el conflicto está presente no son valoradas por la mujer, pero sí por el hombre.

Cabría interpretar desde la teoría del ciclo de la violencia (Walker, 1979) que esta tendencia se deba a un subconjunto de mujeres que están siendo violentadas en sus relaciones y a hombres que usan el afecto como forma de evitar que la pareja femenina abandone la relación. Al carecerse de datos emparejados de hombres y mujeres no se puede contrastar esta hipótesis.

Diferencias entre sexos en violencia

En este estudio, ambos géneros ejercen violencia con la misma frecuencia. El promedio corresponde a *rara vez*, como se observa al dividir media del puntaje total por el número de ítems (1.90). A su vez, los hombres se quejan de recibir más violencia de sus parejas femeninas que las mujeres de sus parejas masculinas, en todos los factores; los encuestados se refieren sobre todo a aspectos de menosprecio, desvalorización y desatención. Al igual que con la violencia ejercida, la frecuencia de violencia recibida es baja, correspondiendo a *rara vez* (1.70). Debe señalarse que al contrastar las medias por datos emparejados (dentro de cada participante) el ejercicio de la violencia tiene un promedio significativamente mayor que el ser víctima de violencia ($DM = -0.20$, $t = -5.65$, $p < .01$), más en mujeres ($DM = -0.27$, $t = -5.23$, $p < .01$) que en hombres ($DM = -0.11$, $t = -2.44$, $p = .02$), dentro de una muestra de población general o no violenta.

Como en el sub-apartado de procedimiento se señaló, la porción grupo de participantes extraídos de ámbitos socio-sanitarios (un quinto) fueron escogidos bajo un criterio incidental y un intencional, por lo que finalmente no contribuyen a dar una mayor representación de personas violentas en esta muestra no probabilística.

En un principio parece que estos datos van contra las expectativas de muchos de los estudios contemporáneos, centrados exclusivamente en la mujer como víctima, en consonancia con la sugerencia de la *World Health Organization* en 1999, como las investigaciones de Castro y Casique (2005). Labrador, Fernández y Rincón (2010), Nayaran, Chambers, Shah y

Petesch (2001), Olaiz, Rojas, Valdez, Franco y Palma (2006) y Ramos y Saltijeral (2008), pero no así los estudios que contemplan de forma simultánea a ambos sexos (Álvarez, 2009; Fiebert, 2004; Rathus & Feindle, 2004; González & Santana, 2001; Thompson et al., 2006), en los que se reportan niveles equivalentes de violencia o mayor victimización en el hombre, incluyendo violencia grave (asesinatos).

Una interpretación que elimina la discrepancia de nuestros datos con la expectativa de mayor victimización femenina y agresión masculina de la perspectiva de género es que las mujeres atenúan sus reportes de quejas y los hombres los incrementan de forma sensibilizadora, a su vez las mujeres exageran sus reportes de actos violentos y los hombres los infravaloran, considerando el efecto de la deseabilidad social desde un sesgo de autoengaño en las mujeres y manejo de la impresión en los hombres.

Si se pondera en su justa medida el sesgo sensibilizador de las mujeres hacia la violencia masculina, especialmente sexual, que existe en la sociedad contemporánea, en la que se fomenta y refuerza las denuncias, especialmente en el grupo social de mujeres jóvenes de clases bajas y medias (Nayak, Byrne, Martin & Abraham, 2003; Nayaran et al., 2001), la atenuación femenina de la violencia no es una expectativa clara. Debe señalarse que, en los estudios de justicia en las relaciones íntimas en población general, sí hay más percepción de inequidad en las mujeres que los hombres (Arbach & Álvarez, 2009; Jory, 2004), pero en los aspectos de violencia no hay mayor percepción de victimización frente a los hombres (Álvarez, 2009; Arbach & Álvarez, 2009).

Más allá de los argumentos dados, sería importante evaluar el efecto de la deseabilidad social en sus aspectos de autoengaño y manejo de la impresión en el autorreporte de la violencia (Paulhus, 2002), cuando el presente estudio carece de datos al respecto, por lo que se recomienda en futuras investigaciones incluir la variable de deseabilidad social.

Tampoco debe ignorarse que, en esta muestra no probabilística, el nivel de violencia es bajo y probablemente sin consecuencias forenses; así, en el grupo de población representado por la muestra, la violencia femenina parece destacar más. Por el contrario, si nos fuéramos a un tipo de violencia con consecuencias forenses, especialmente una violencia denunciada, en un país como México, claramente destacaría la violencia de los hombres sobre las mujeres. Las campañas oficiales se centran exclusivamente en la atención a la mujer frente a la violencia masculina y las pocas denuncias de hombres reciben muchas trabas y resistencias en su tramitación (Strauss, 2005).

Relación de afrontamiento y violencia

Entre las correlaciones y en los modelos de regresión se destacan la automodificación para el ejercicio de la violencia en ambos géneros, y la evitación y pasividad para el ser víctima de violencia. Entre el estilo pasivo y la evitación existe un problema de colinealidad que provoca que la variable segunda expulse a la primera del modelo. El estilo de afrontamiento pasivo, matizando el evitar el conflicto, con el dejarse (acomodación) y la prudencia (tiempo). En los modelos de senderos se contempla el afrontamiento pasivo frente a la evitación, lográndose mejor resultado en porcentajes explicados y

ajuste. Por lo tanto, la combinación de dejarse, evitar y exceso de prudencia es mejor predictor de ser víctima de violencia que el simple evitar el conflicto.

Veamos a continuación los modelos más complejos de predicción. El primer modelo estimado lo podríamos denominar del *agresor activo*, el cual muestra falta de flexibilidad o capacidad para modificar su perspectiva y necesidades, además de una tendencia pasiva a manejar los conflictos, evitándolos y dilatándolos. Finalmente, ante los conflictos estalla y ejerce violencia, recibiendo a su vez violencia de la pareja, a lo que contribuye la pasividad hasta el momento mostrada. El segundo modelo lo podemos denominar del *agresor reactivo*: Recibe violencia de la pareja por su pasividad, pero finalmente reacciona ejerciendo violencia contra la misma, contribuyendo en este punto su inflexibilidad, pero no su pasividad; por lo tanto, si la persona fuese pasiva, pero no inflexible, sería sólo víctima de violencia. De estos dos modelos el primero tiene buen ajuste a los datos y el segundo muestra mal ajuste, pero mejora de forma sustancial al considerar evitación y acomodación como predictores correlacionados de violencia recibida en vez de afrontamiento pasivo, pasando el ajuste a ser adecuado.

Así, en esta muestra de hombres y mujeres mexicanos prevalece un agresor activo que no sabe manejar los conflictos de pareja. Lo que nos lleva a un punto importante de la intervención. Deben superarse las posturas de inflexibilidad y pasividad ante los conflictos por parte del perpetrador, buscando posturas flexibles y activas para superar la violencia en la pareja (explosiones de violencia o ataques de ira), lo que da sostén empírico a las afirmaciones de

terapeutas, como Perrone (2006). El problema se evita, la tensión crece y finalmente la persona que juzga que abusan de ella estalla, lo que libera tensión. Todo aparentemente se suaviza, pero nada se arregla ni realmente cambia, porque no se negocia, repitiéndose una y otra vez el mismo ciclo. Lo que a se corresponde bien al modelo de afrontamiento de Thomas y Kilmann (2009), en que se inspira la escala de medida empleada

El modelo del agresor activo no es exclusivo de hombres, aunque explique más varianza. Su ajuste del modelo es bueno para ambos sexos, considerando que son los hombres encuestados los que más se quejan de violencia, y ambos géneros reportan ejercen violencia con la misma frecuencia, la cual es baja en esta muestra. El contraste multigrupo, al separar a hombres y mujeres, revela un matiz interesante. La automodificación es independiente del estilo de afrontamiento pasivo en hombres, pero no en mujeres, lo cual es consonante con las expectativas de género (Folkman, 2011), y es un aspecto relevante para el enfoque terapéutico. La mujer más pasiva en su afrontamiento tiende más a cambiar sus opiniones e interpretaciones ante las situaciones de conflictos. Asimismo, este análisis revela que el modelo de agresor reactivo también explica más varianza en hombres, tendiendo a ser las mujeres receptoras de violencia más acomodaticias y los hombres más evitadores, esto es, la mujer aguanta o finge y el hombre huye o evita.

Limitaciones y conclusiones

Como limitaciones del estudio debe señalarse el carácter no probabilístico de

la muestra. Aunque su tamaño grande nos permite alcanzar potencia alta en las pruebas de contraste, toda generalización debe manejarse como una hipótesis aplicable a una población semejante de gente joven, con escolaridad e ingresos mayores que el promedio nacional (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática [INEGI], 2005). A favor de nuestros datos cabe señalar los coeficientes de consistencia interna altos, el potencial de manejo numérico y la congruencia de la naturaleza de autoinforme de los mismos, cuando medidas de otra naturaleza pueden limitar la fuerza de las asociaciones por problemas metodológicos, de confiabilidad y validez cruzada.

En conclusión, en esta muestra de participantes jóvenes, de clase media y nivel alto de escolaridad, el hombre se queja de recibir más violencia de su pareja femenina que la mujer de su pareja masculina, y ambos sexos reportan ejercer violencia con la misma frecuencia, aunque el nivel promedio de violencia es bajo (*rara vez*). Se observa un

patrón de agresor activo, incapaz de modificar su postura, que ante el conflicto adopta estrategias de evitación y aparenta acomodarse, pero finalmente ejerce violencia contra la pareja, reaccionando ésta sobre todo cuanto más pasividad previa muestra el agresor. Este modelo es válido para ambos géneros, aunque posee más potencia explicativa en hombres, entre quienes la varianza compartida por ambos tipos de violencia (ejercida y recibida) es de la mitad, cuando es de un cuarto en mujeres.

Se recomienda enfocar la terapia hacia el desarrollo de formas activas de manejo de conflictos, relacionadas con la negociación, capacidad de cambio, afabilidad y actitud positiva. Finalmente se sugiere replicar en estudio con una muestra probabilística estratificada por género de población abierta o general para confirmar los hallazgos obtenidos, asimismo incluir un instrumento de medida de deseabilidad social para evaluar su efecto en el reporte de violencia.

Referencias

- Álvarez, J. (2009). *La violencia en la pareja: bidireccional y simétrica. Análisis comparativo de 230 estudios científicos internacionales*. Madrid: Asociación para el Estudio del Maltrato y del Abuso.
- American Psychological Association (2002). Ethical principles of psychologists and code of conduct. *American Psychologist*, 57(12), 1060-1073.
- Antônio, T., & Hokoda, A. (2009). Gender variations in dating violence and positive conflict resolution among Mexican adolescents. *Violence and Victims*, 24(4), 533-545.
- Arbach, K., & Álvarez, E. (2009). Evaluación de la violencia psicológica en la pareja en el ámbito forense. Barcelona: *Centro de Estudios Jurídicos y Formación Especializada del Departamento de Justicia de la Generalitat de Catalunya*.
- Archer, J. (2002). Sex differences in physically aggressive acts between heterosexual partners: A meta-analytic review. *Aggression and Violent Behavior*, 7(4), 313-351.
- Arnaldo, O. (2001). *Construcción y validación de un instrumento de conflicto para parejas mexicanas*. Tesis de licenciatura no publicada, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, DF.
- Australian Bureau of Statistics (2006). *Personal safety survey* (cat no 4906.0). Canberra: Australian Bureau of Statistics.
- Becerra, S., Flores, M., & Vásquez, J. (2009). *Violencia doméstica contra el hombre en la ciudad de Lima*. Lima: Universidad Nacional Federico Villareal.
- Bonem, M., Stanely-Kime, K. L., & Corbin, M. (2008). A behavioral approach to domestic violence. *Journal of Behavior Analysis of Offender and Victim: Treatment and Prevention*, 1(4), 210-213.
- Brown, T. A. (2006). *Confirmatory factor analysis for applied research*. New York, N.J.: Guilford Press.
- Castro, R., & Casique, I. (2005). Violencia de pareja contra las mujeres en México: una comparación entre encuestas recientes. *Notas de Población*, 35(87), 35-61.
- Cervantes, C., Ramos, L., & Saltijeral, M. T. (2004). Frecuencia y dimensiones de la violencia emocional contra la mujer por parte del compañero íntimo. En M. Torres (comp), *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos y rurales* (pp. 239-270). México: El Colegio de México/Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer.
- Díaz, R., & Sánchez, R. (2002). *Psicología del amor: una visión integral de la relación de pareja*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Dutton, D. G. (2006). *Rethinking domestic violence*. Vancouver, BC, Canada: UBC Press.
- Dutton, D. G., & Nicholls, T. L. (2005). The gender paradigm in domestic violence research and theory: Part 1 - The conflict of theory and data. *Aggression and Violent Behavior*, 10(6), 680-714.

- Fiebert, M. S. (2004). References examining assaults by women on their spouses or partners: an annotated bibliography. *Sexuality and Culture*, 8(3-4), 140-177.
- Folkman, S. (2011). *The Oxford handbook of stress, health, and coping*. New York: Oxford University Press.
- Goldring, B. (2004). Conflict resolution - towards a better understanding. *Child Care in Practice*, 10(3), 291-293.
- González, R., & Santana, J. D. (2001). La violencia en parejas jóvenes. *Psicothema*, 13(1), 127-131.
- Heise, L., & García, C. (2002). Violence by intimate partners. En E. G. Krug, J. A. Mercy, L. L. Dahlberg, & A. B. Zwi, (eds.), *World report on Violence and Health* (pp. 89-121). Génova: World Health Organization.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2005). *II Conteo de población y vivienda*. México, DF: INEGI.
- Jory, B. (2004). The Intimate Justice Scale: an instrument to screen for psychological abuse and physical violence in clinical practice. *Journal of Marital and Family Therapy*, 30(1):29-44.
- Labrador, F. J., Fernández, M. R., & Rincón, P. (2010). Características psicopatológicas de mujeres víctimas de violencia de pareja. *Psicothema*, 22(1), 99-105.
- Ladd, P. (2007). *Relationships and patterns of conflict resolution*. New York: University Press of America.
- Moral, J., & Martínez, J. (2009). Reacción ante el diagnóstico de cáncer en un hijo: estrés y afrontamiento. *Psicología y Salud*, 19(2), 189-196.
- National Research Institute of Legal Policy (2009). *Self-reported juvenile delinquency in Finland 1995-2008* (Research report No. 246). Helsinki: National Research Institute of Legal Policy.
- Nayak, M., Byrne, C., Martin, M., & Abraham, A. (2003). Attitudes toward violence against women: a cross national study. *Sex roles*, 49(7/8), 333-342.
- Nayaran, D., Chambers, R., Shah, M., & Petesch, P. (2001). *Voices of the poor, crying out for change*. Estados Unidos: Oxford University Press.
- Olaiz, G., Rojas, R., Valdez, R., Franco, A., & Palma, O. (2006). Prevalencia de diferentes tipos de violencia en usuarias del sector salud en México. *Salud Pública de México*, 48(Supl. 2), S232-S238.
- Pauhlus, D. L. (2002). Socially desirable responding: The evolution of a construct. En H. Brau, D. Jackson, & D. E. Wiley (Ed.), *The role of constructs in psychological and educational measurement* (pp.46-69). Mahwah NJ: Lawrence Erlbaum.
- Perrone, R. (2006). Gloria y miseria de la pareja. *Perspectivas Sistémicas*, 93(1), 10-20.

- Ramos, L., & Saltijeral, M. T. (2008). ¿Violencia episódica o terrorismo íntimo? Una propuesta exploratoria para clasificar la violencia contra la mujer en las relaciones de pareja. *Salud Mental, 31*(6), 469-478.
- Rathus, J. H., & Feindle, E. L. (2004). *Assessment of partner violence: A handbook for researchers and practitioners*. Washington: American Psychological Association.
- Sociedad Mexicana de Psicología (2007). *Código ético del psicólogo* (4ª edición). México, DF: Editorial Trillas.
- South Australian Department of Human Services (1999). *Interpersonal violence and abuse survey*. Melbourne: Domestic Violence Unit, Department of Human Services.
- Strauss, M. (2005). Women's violence toward men is a serious social problem. En D. R. Loseke, R. J. Gelles & M. M. Cavanaugh (eds.), *Current controversies on family violence* (pp. 55-77). Newbury Park: Sage Publications.
- Thomas, K. W. & Kilmann, T. (2009). *Thomas -Kilmann conflict mode instrument*. Mountain View, CA: Xicom CPP Inc.
- Thompson, M. P., Basile, K. C., Hertz, M. F., & Sitterle, D. (2006). *Measuring intimate partner violence victimization and perpetration: A compendium of assessment tools*. Atlanta: National Center for Injury Prevention and Control.
- Tschann, J. M., Pasch, L. A., Flores, E., VanOss-Marin, B., Baisch, E. M., & Wibbelsman, C. J. (2009). Nonviolent aspects of interparental conflict and dating violence among adolescents. *Journal of Family Issues, 30*(3), 295-319.
- Vargas, I. (2008). *Factores culturales, estructurales y psicológicos en la violencia doméstica: Un modelo explicativo*. Tesis de doctorado no publicada. México: UNAM.
- Walker, L. (1979). *The battered woman*. New York: Harper & Row.
- World Health Organization (1999). *Putting women's safety first. Ethical and safety recommendations for research on domestic violence against women*. Geneva: World Health Organization.
- Zarza, M. J., & Froján, M. X. (2005). Estudio de la violencia doméstica en una muestra de mujeres latinas residentes en Estados Unidos. *Anales de Psicología, 21*(1), 18-26.

Recibido: Septiembre 2010 Revisado: Abril 4 2011 Aceptado: Noviembre 9 2011